

DISCURSO DEL DÍA DE ANDALUCÍA

MÁLAGA, 28 DE FEBRERO DE 2020

Estoy seguro de que todas las personas a las que el alcalde de Málaga ha hecho el honor de encomendarle esta glosa del Día de Andalucía y que tan brillantemente me han precedido, se habrán encontrado con el mismo problema: la obsesión por no incurrir en la tentación de extraer de las características de esta tierra las razones de unos privilegios diferenciales como si los andaluces, por el hecho de nacer en ella, fuéramos de mejor cosecha. Claro que somos hijos de la tierra que nos vio nacer, y que esta es una buena tierra, pero los seres humanos somos algo más complejo que las lechugas. La primera vez que Dios dejó de vigilarnos un momento perdimos el Paraíso, por lo que, ya desde entonces, el ser humano, individual o colectivamente, es el único responsable de sus actos, de sus fracasos y sus logros, en una relación constante con el medio en el que le ha tocado vivir, ya sea éste un medio hostil o favorable, sin que exista una justificación racional por la que habríamos de ser forzosamente mejores o peores según nacióramos en un sitio o en otro. Naturalmente eso no quiere decir que sea lo mismo nacer en el soleado valle del Guadalquivir que en las gélidas penumbras de la Laponia; ambos casos comportan riesgos: en el primero que la munificencia de una tierra prodigiosa te lleve a la molicie, y en el segundo que tanta carne de reno te produzca serios problemas con el colesterol.

Con molicie o sin ella, la verdad es que Andalucía ha sido, desde que tenemos noticia de la Historia, la mayor tierra de promisión del mundo y de ello dan cuenta las antiguas civilizaciones que la poblaron, todas ellas procedentes de ese “territorio marítimo” que es el Mediterráneo, desde los Millares, el Argar y Tartessos hasta los griegos y los fenicios, siendo precisamente Cádiz la ciudad más antigua de occidente seguida muy de cerca por Málaga.

Pero la antigüedad, tanto más vertiginosa cuanto más alejada, puede aportarnos belleza poética y estimular nuestra ensoñación, pero es ya más discutible que nos produzca orgullo y, menos aún, esa tentación supremacista como la de aquellos pueblos que, de puro antiguo, parecen reclamar la exclusividad del eslabón perdido con el mono, cosa que a veces se les nota. No, la antigüedad y la cultura ancestral, en todo caso, lo que nos sitúa es ante la muy comprometida obligación de conservarla, valorarla y extraer de ella una fuente de inspiraciones y estímulos. Pero a

lo que verdaderamente alude es a un insoslayable compromiso **con el presente**. El valor de la Historia de Andalucía, la riqueza de la amalgama cultural, la inmensidad de su patrimonio... todo eso de lo que realmente nos está hablando es de **Política**, de puras, comprometidas y descarnadas **obligaciones políticas del presente**, para recuperar, en beneficio de sus habitantes, la importancia estratégica que Andalucía una vez tuvo, que luego perdió y ahora encara con las condiciones más favorables que pudiéramos imaginar. Pero para ello lo primero que hemos de hacer es mirarnos de frente, intentando hacerlo con los ojos de la razón y no a través del amañado caleidoscopio de los estereotipos, tan alegres y coloristas, pero a la vez tan efímeros y postizos como farolillos de feria.

Claro que la Bética romana de Adriano y Trajano tenía un enorme peso político y económico en el Imperio; claro que la Córdoba omeya fue una vez el ombligo del mundo; claro que Sevilla y Cádiz fueron durante dos siglos las puertas de América, centralizando el comercio con el Nuevo Continente; y claro que fue importantísima la contribución andaluza en la difusión allí de la cultura española. ¿Qué pasó a partir de entonces para que luego Andalucía se precipitara cuesta abajo por cuatro siglos de sangría permanente? No pretenden estas palabras aburrir con una torpe tesis de historia, pero ya sabemos que la pérdida de las colonias de ultramar y la formación de una burguesía terrateniente y rentista fue la principal beneficiaria de las desamortizaciones de bienes religiosos la cual, con una explotación casi feudal del campo y sus jornaleros, excluyó definitivamente a Andalucía de los modernos circuitos económicos mercantilistas; el breve repunte industrial del primer tercio del siglo XIX fue poco más que un fuego fatuo y un primer ejemplo de lo que fue luego el continuo trasvase de capitales hacia las regiones del Norte y del Nordeste de España, a cuyo desarrollo Andalucía contribuyó con un elevado coste humano. (Algo que volvió a repetirse, ya en los años sesenta del siglo pasado, con las remesas de emigrantes- casi todos andaluces- y los excedentes económicos del turismo de nuestras costas).

Desde entonces, y hasta la aprobación del Estatuto de Autonomía de 1981 en el que la inserción plena en una Europa democrática nos insufló un optimismo inédito, habíamos estado instalados en la añoranza de lo que Andalucía pudo ser y no fue. Inermes, deprimidos y arrinconados en nuestra condición periférica, transformamos lo andaluz en lo "andalucero"- como una forma de idiosincrasia dictada por foráneos- y, jugando a tope la impostura de los tópicos, conseguimos a través del indudable magnetismo de nuestro folklore que lo andaluz fuera sinónimo

de lo español y, así, mal que bien, pudimos encontrar un apañado acomodo en la mayor parte de la España del siglo XX.

Pero Andalucía está hoy en el centro de un mundo que ha cambiado por completo y somos nosotros mismos los que hemos de sacar el máximo provecho de ese cambio, porque ni nadie lo va a hacer por nosotros ni nunca volveremos a encontrar unas circunstancias más propicias. Y cuando hablamos de **nosotros** lo estamos haciendo en una dimensión individual y temporal. **Individual**, porque no podemos traicionar el espíritu con el que nos echamos a la calle un 4 de diciembre de 1977, en el que arrancamos con su cuota de sangre (muy cerca de aquí, por cierto) una Autonomía plena para luego, una vez lograda, desentendernos de sus responsabilidades encomendándoselas sólo a las instituciones. Y **temporal**, porque no es esta una fecha para celebrar el regodeo autocomplaciente en un pasado brillante, ni siquiera para conjurar el desánimo con rimbombantes promesas de futuro. La celebración de este 28 de Febrero está para hacer una conminatoria apelación al presente, y sin demora. Es cierto que a los pueblos se les juzga tanto por su pasado como por sus proyectos de futuro. Pero dejémonos de retóricas: el mérito del pasado, si fue esplendoroso, corresponde a nuestros ancestros, que fueron los que se lo “curraron”; y en cuanto al futuro, vemos que con harta frecuencia las promesas resultan gratis y descomprometidas. Al final el **presente** es el único material que tenemos entre las manos, el único que podemos fabricar y moldear, el único sobre el que podemos incidir. Y el presente, con todas las dificultades que se acumulan en un mundo complejo, es el de una Andalucía a la que la globalización ha situado como uno de los **lugares fuertes de la Nueva Economía**, y ello a pesar de ese irredentismo tan nuestro que un pesimismo periférico nos impide valorarlo.

Y esa **fortaleza** está en el hecho de que las funciones básicas en la que se despliega la vida de la mayoría de ciudadanos del mundo occidental y tecnificado, es decir, la residencia, el ocio y el trabajo, pueden darse aquí en condiciones de simultaneidad y de lo que hemos dado en llamar calidad de vida. **Andalucía no es nada en la competitividad estéril de sus ciudades, provincias y comarcas, pero puede serlo todo en la complementariedad de sus ricas diversidades.** **Fortaleza** es su creciente articulación territorial mediante un sistema de comunicaciones por tierra, mar y aire impensable antes de la Autonomía. **Fortaleza** es volcar recursos en la implementación de la actual estructura científica, investigadora y universitaria, sostenida por más voluntarismo que presupuesto a pesar de

tenerlo todo para retener aquí la inteligencia en vez de ofrecer una puerta de salida a nuestros jóvenes. **Fortaleza** es el máximo desarrollo de las nuevas industrias de la información que se desarrollan en nuestros Parques Tecnológicos. **Fortaleza** es extender las tecnologías de las “smart cities”, que empezamos a aplicar a las complejidades de nuestras ciudades, a las “smart villages” de manera que puedan incorporarse nuestros pueblos y comarcas a la cadena de valor, descubriendo nuevos caladeros de riqueza y empleo y deteniendo el imparable proceso de despoblamiento de la Andalucía deshabitada. **Fortaleza** es ser el nexo de unión entre América, África y Europa desde la privilegiada órbita del euro, por muchas tribulaciones a las que la Unión esté hoy sometida. **Fortaleza** es no cargar el peso de las crisis en recortar una sanidad pública modélica que era motivo de orgullo en el mundo entero. **Fortaleza** es el maravilloso carácter acogedor, abierto y solidario de nuestra gente; pero **fortaleza**, y de una manera muy especial, es ponerse la meta de hacer la mayor **inversión pública de la historia en Educación**, que es el cimiento sin el cual nada de lo demás puede tenerse en pie.

Y termino. Lo que acabamos de decir no es un sueño construido en el aire, ni un castillo de naipes, sino la descripción de una realidad andaluza, tan **potente como manifiestamente mejorable, porque de lo contrario no seríamos la región con más paro dentro de la Unión Europea y la de menor renta per cápita del país**. Esta es una contradicción lo suficientemente flagrante como para conminarnos a acometer **un inaplazable proyecto colectivo para el presente**. Pero dentro del bochorno que esta situación nos pueda producir hay algo en este proyecto que le confiere una especial grandeza ética y un enorme calado político, emanada directamente de la mejor intuición de Blas Infante expresada en su Manuscrito AEE:

“Mi nacionalismo, antes que andaluz, es humano. Creo que, por el nacimiento, la naturaleza señala a los soldados de la vida el lugar en donde han de luchar por ella. Yo quiero trabajar por la Causa del espíritu en Andalucía porque en ella nació. Si en otra parte me encontrare, me esforzaría por esta Causa con igual fervor”.

En la misma línea se expresaba nuestro gran historiador Antonio Domínguez Moreno: ***“Nuestra cultura se nutre de las culturas locales: de la Baja Andalucía, del Valle del Guadalquivir, de la Alta Andalucía, de Granada... y al mismo tiempo es una faceta de la cultura española y europea, de ahí que declararse unilateralmente andaluz sea empobrecedor”.***

Es muy hermosa esta idea de que el desarrollo de Andalucía, a diferencia de otros lugares, está directamente imbricado, de una manera tan eficiente y racional como solidaria, con el desarrollo y engrandecimiento de nuestro país en tanto que una parte sustancial de España y de Europa, sin la cual Andalucía sería un fantasma, un alma en pena vagando sin rumbo por un mundo sin sentido. De esta forma, ese axioma de la modernidad que nos conmina a **“pensar en global y actuar en local”** adquiere aquí un contenido ético más allá del simple utilitarismo de la expresión: **que el apego a Andalucía, a esta tierra que nos vió nacer o a la que decidimos pertenecer, no es la consecuencia de una razón utilitarista, mezquina y excluyente, sino la forma más digna, fraterna y solidaria de fundirse con las más altas aspiraciones de la Humanidad.**

Salvador Moreno Peralta, 28 de Febrero de 2020